

MAMEN DE BLAS

El Método
ELISA



MAEVA | NOIR

A Alberto, la felicidad de mi vida.

*A mi padre, Mariano, por los valores,
el esfuerzo y el ejemplo.*

Los escenarios de la novela





1

LLOVÍA Y LLOVÍA en la sierra. Septiembre se despertaba en un Madrid opaco y húmedo que recuperaba la actividad tras el verano. A vista de pájaro, entre las nubes y las agujas de agua, se divisaban las largas hileras de coches, que, arrancando y frenando al ritmo intermitente del tráfico, parecían las patas de una araña de corazón negro.

Desde el suroeste de la región, Joaquín se dirigía directo al colapso circulatorio. Con las llaves del coche en la mano y la gabardina doblada en el antebrazo, caminaba enérgico hacia la cancela de entrada del chalé. Al sonido crujiente de sus pisadas sobre la grava seguía el de las de Elisa, su mujer, quien, unos metros por detrás, trataba de darle alcance, manteniendo a duras penas el equilibrio sobre el tacón de sus botas de caña alta. Casi cubriéndolas, la campana de su vestido de flores rozaba con el suelo y con los arbustos que flanqueaban el camino hacia la salida, produciendo un frufrú que estaba a punto de sacarlo de sus casillas.

—Querido, ¡espera! —lo llamó—. Te estás empapando.

Él avanzó haciendo caso omiso de la advertencia. Solo deseaba una cosa: salir de allí. Necesitaba dejar atrás la casa y, sí, tenía que reconocerlo, a su mujer. Lo antes posible.

—Querido —insistió—. Deja al menos que te despida antes de emprender el viaje.

El tono dulce de este último reclamo frenó a Joaquín, que se detuvo a esperarla. Ya con una pierna dentro del vehículo, le dijo adiós besándola en la frente, como a ella le gustaba.

Escenas como aquella venían repitiéndose desde hacía varios meses, cuando Elisa se había «sumergido», como a ella le gustaba decir, en el último encargo de la editorial: la traducción de una novela victoriana de corte sentimental. Su protagonista languidecía, consumida por los celos, en la mansión de Sussex que su esposo había aportado al matrimonio. Perdida en la inmensidad de la campiña inglesa, vagando por torres y veredas, asomada a ventanales y barandas, se sentía aislada y abatida. Echaba de menos a sus hermanas, y ni las arañas de cristal ni las alfombras traídas de Oriente ni los nenúfares del encantador jardín acuático la resarcían de aquella soledad.

Mientras traducía la novela, Elisa debía ponerse, literalmente, en la piel de la «querida niña» para llegar al fondo de su alma y al de su creadora, por lo que ahora se mostraba triste y celosa. Antes, y dependiendo de la obra que se trajera entre manos, se había mostrado como una mujer rebelde, disparatada, espiritual, e incluso había llegado a quedarse muda. Era su método secreto. El método Elisa.

El espacio físico de la casa también se transformaba según se sucedían los encargos. Los tapices saturnales y los candelabros con velas que ahora adornaban el salón habían sustituido (por fortuna para Joaquín) a la ambientación típica del Oeste americano que los había acompañado a la transcripción a nuestro idioma de *Polvo amarillo*, un reciente *best seller* del *The New York Times* en el que había invertido al menos cuatro meses. Más de ciento veinte días en los que habían comido patata cocida y mazorcas de maíz y bebido *whisky bourbon* o, mejor, siguiendo su propia traducción, whisky Borbón.

Peor experiencia había sido para su marido, sin embargo, la personal recreación del zulo de Ana Frank, del que Elisa se

había negado a salir, excepto para hacer sus necesidades, el tiempo que había durado la traducción de una versión para niños del diario de la joven alemana. Había instalado una cama plegable y decorado el despacho con fotografías en blanco y negro de las estrellas del cine de aquellos años, tal como había hecho Ana en su penoso destierro interior. Incluso, como en el zulo original, había pegado en la pared una foto de la reina de Inglaterra, por entonces la princesa Lilibeth Windsor.

Fue entonces, una noche de la última primavera, mientras dejaba un plato de arenque marinado en la puerta del «anexo», cuando Joaquín sintió en su cabeza el impacto de la realidad. Fue un golpe seco y contundente como el de una calabaza que se precipita hacia el suelo y se rompe en grandes gajos anaranjados. Visualizó la imagen, al tiempo que se percataba de la gravedad de los hechos; tenía que admitir, de una vez por todas, que Elisa, su Elisa, había quedado sepultada bajo la personalidad de los fantasmas que habitan los libros, y lo que hasta entonces había considerado una excentricidad se le reveló como un gran desvarío.

Al comienzo de su relación, él amaba esa entrega al oficio de la traducción literaria. Le parecía encantadora y digna de elogio profesional. Le divertían los cambios de decorado, como los llamaba, y cada noche antes de dormir ella le leía en voz alta pasajes ya adaptados de distintos libros. La voluptuosidad de algunos textos les había servido de estímulo sexual para la relación. Pero, a medida que pasaban los meses y las páginas, se había ido apoderando de él una sensación pegajosa y parda, como el barro de un pantano. Se sentía vacío, desubicado, desorientado, fuera de tiempo y de lugar. Estaba atrapado.

Al dejar atrás la urbanización, Joaquín se prometió a sí mismo que pondría fin a aquella locura, que recuperaría su verdadera vida, libre de dramas y tragedias. Bajó la ventanilla nada más salir de Villena para disfrutar del aire fresco de la mañana y,

mientras emprendía camino a la universidad, pensó que había llegado la hora. O Elisa abandonaba su método o le presentaría los papeles del divorcio.

Ella, ya bajo techo y sin miedo a la superstición, cerró el paraguas. Esbozó un prolongado suspiro, lo dejó en una esquina del zaguán y sacudió los flecos de encaje de su vestido.

Lo primero sería prepararse un té y, cuando cesara la llovizna, se concedió, retomaría el trabajo. Hasta entonces disfrutaría, a través de las vidrieras del salón, de aquel clima que tanto le ayudaba a evocar el ondulado paisaje de las colinas de Brighton.

2

—Sí, ¿sí? ¿Qué tal así? Un, dos, tres, cuatro.

La voz anónima que probaba la megafonía desde el patio central del edificio Torroja interrumpió el ensayo del decano Enrique de Olmedo, que repasaba en voz alta en su despacho el discurso de apertura del nuevo curso académico que pronunciaría en unas horas. Asomado a la ventana, leía y reproducía el grueso de su intervención mientras observaba los preparativos de última hora.

Siete pisos más abajo, un grupo de operarios de la universidad colocaba las últimas filas de sillas para padres y profesores. Las cuatro banderas que flanqueaban la tribuna de autoridades, empapadas y chorreantes, deslucían la puesta en escena.

Se visualizó de pie, en el centro de la mesa alargada que habían colocado sobre el escenario, interrumpido por los aplausos de colegas y políticos.

—Nos enfrentamos a nuevos retos globales. Y no me refiero al ascenso del mercurio en ambos hemisferios —realizó aquí una pausa dramática—. No hablo de la desertización que extiende su amenaza desde los cuatro puntos cardinales. Ni siquiera —prosiguió, levantando la voz y el dedo índice en un movimiento sincronizado— estoy pensando en la pérdida de recursos que conduce a hambrunas y guerras. Con los nuevos retos globales quiero apuntar al despertar de las conciencias. A las de todos, sin importar el papel que hoy juegan en la lucha contra el cambio

climático. Desde el más pequeño de los niños, que abre su mente al pensamiento y la reflexión, al más relevante de los hombres, aquel con capacidad de decidir sobre la producción, las energías y el consumo. Tenemos un gran trabajo por delante. —Se giró en ese punto hacia la puerta, para enfatizar la conclusión con un ligero taconazo sobre la tarima—: proyectarnos en el futuro para que entiendan primero, para que reflexionen después y para que, por último, actúen.

Realizó una pausa antes de preguntar:

—¿Qué le ha parecido, Nuria?

Su secretaria asintió con la cabeza. Había presenciado en silencio la escena, escuchando a su jefe mientras seguía el texto en la pantalla del ordenador. Introduciría comillas y añadiría dos puntos a algunas frases para subrayar el mensaje, sustituiría alguna palabra por otra nueva recién pronunciada y en unos minutos el discurso estaría listo para enviar a la prensa.

Aquella era una de las dinámicas que el decano de la Facultad de Ciencias del Clima y su ayudante personal venían repitiendo desde 2010, cuando Nuria Águeda llegó al campus recomendada por un familiar. De ella se decía que era tan servicial y sumisa con su jefe como arisca con el resto. Él, en cambio, siempre tenía una sonrisa para quien se le acercara con cualquier asunto. Otra cosa —y esto era *vox populi*— era la autenticidad de su actitud cálida y benefactora.

Joaquín formaba parte del grupo de los que pensaban que De Olmedo era un falso redomado y un presumido de tomo y lomo. Sin ir más lejos, ¿qué pintaban los periodistas en una ceremonia docente? Cada año se repetía la misma pregunta al verlos llegar con sus equipos de grabación a la inauguración del nuevo curso. El mal sabor de boca que le había acompañado en el trayecto al trabajo se intensificó al percatarse de que, además, les habían reservado las mejores plazas de aparcamiento.

Dos horas más tarde, y mientras buscaba sitio entre las sillas destinadas al profesorado, volvió a sentir el mismo malestar. Varios fotógrafos se habían ubicado en la zona de paso, interrumpiendo a los asistentes y retrasando el evento. Eran las doce y diez del mediodía y De Olmedo ya debería estar colocado frente a su atril. Pero no, seguía bajo la gran encina atendiendo a los reporteros.

Miró a ambos lados por si veía a Berta, pero no parecía haber llegado aún. Le extrañó porque, aunque la puntualidad no era lo suyo, su compañera sabía que al decano no le gustaba ver gente cruzando el patio durante sus alocuciones públicas.

Pasaron otros diez minutos antes de que se anunciara el comienzo inmediato del acto a través de la megafonía, y se rogaba a los asistentes que ocupasen sus asientos. El himno de la Universidad Pío Baroja comenzó a escucharse en segundo término. Joaquín se giró en la silla una vez más buscando a Berta con la mirada. Tras el saludo inicial del decano, sería el turno del portavoz del colectivo de antiguos alumnos. Intervendría después la coordinadora de estudios y sería don Enrique quien pondría el punto final al acto.

Desde el último peldaño de la escalera, y dando un simpático saltito, se encaramó al escenario. Se situó frente al atril y, mostrando toda la dentadura, tomó la palabra. Dio primero gracias al sol por haber tomado el relevo a la lluvia y prosiguió enseñada con su alegato ecológico.

—¿Qué es la transición climática? ¿Estamos seguros de estar sumergidos en un periodo intermedio en lo que al cuidado del medioambiente se refiere? ¿Acaso no hemos hecho más que empezar? ¿Cuánta ventaja nos llevan los que destruyen, sin escrúpulos, nuestro entorno?

Joaquín conocía ya todas esas preguntas y también sus respuestas. Una tras otra, encabezaban el prólogo de *Corazón esperanza*,

el nuevo libro que el decano estaba a punto de presentar. Muy pronto las publicaría, estaba seguro, en el perfil de Instagram del mismo nombre, donde su jefe acumulaba una legión de seguidores dispuestos a proteger el planeta.

Se escucharon los clics de las cámaras y algunos aplausos acompañados por gestos de asentimiento. El grupo de alumnos, a la derecha del decano, dormitaba en bloque. Joaquín se había agachado para comentar el discurso con uno de sus colegas de cátedra, sentado a su lado, cuando se escuchó un ruido procedente de la esquina derecha de su fila. Berta trataba de abrirse paso entre las hileras de sillas. El casco de obra que llevaba bajo el brazo se le había caído al suelo. Rodó entre los pies de los espectadores hasta que el tacón cuadrado de los zapatos de Nuria Águeda lo detuvo en seco. La mirada fulminante del decano seguía la escena desde las alturas.